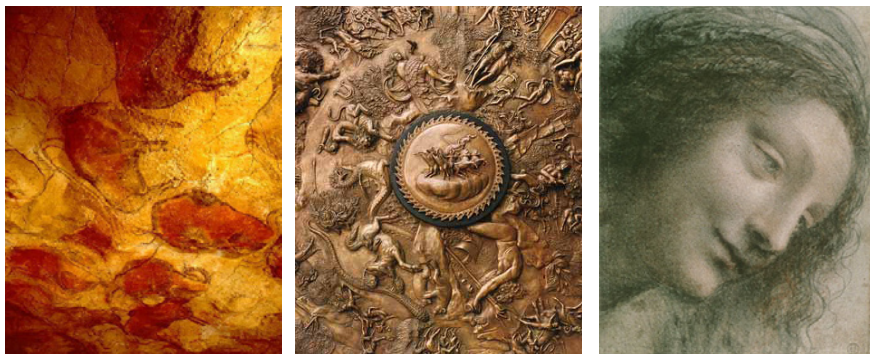


El profesional del futuro, entre el arte y la tecnología

GUILLERMO CERCEAU*



DESDE LAS CUEVAS DE ALTAMIRA, PASANDO POR EL IMAGINARIO ESCUDO DE AQUILES, HASTA LOS ESPLÉNDIDOS DIBUJOS DE LEONARDO, EL ARTE Y LA TECNOLOGÍA SE HAN ENTRECruzADO EN LA HISTORIA EN NUMEROSAS OPORTUNIDADES.

Cuando en la empresa moderna se contrata a una persona, desde una secretaria hasta un alto ejecutivo, se espera que posea ciertas habilidades y destrezas inherentes al cargo que va a desempeñar y casi se da por descontado que conoce cómo usar una computadora, un procesador de palabras o una hoja de cálculo, en la misma forma en que hasta hace muy poco habilidades tales como la mecanografía, o la capacidad de consultar un diccionario eran supuestas en los sectores administrativos o gerenciales de las empresas. De un tiempo a esta parte se espera, cada vez con más frecuencia, que el nuevo trabajador del sector terciario, de las entidades gubernamentales y de los gerentes y personal administrativo de la industria, pueda manejar herramientas de presentaciones tales como *Power Point*, *Flash* u otras similares. Ya un conocimiento elemental de la tecnología de la información no es el único supuesto de un buen profesional, cada vez más se espera de él o ella que puedan comunicarse con sus subordinados o sus jefes, con sus clientes y proveedores, a través de presentaciones, propuestas y material informativo en general, usando las herramien-

tas de la tecnología en forma eficiente. En estos casos, eficiente quiere decir que la propuesta o la presentación realmente comuniquen lo que se pretende, ya sea vender un producto o un servicio a un cliente, o una idea a la junta directiva. Independientemente de su profesión, este nuevo trabajador no sólo debe conocer la tecnología, sino que debe ser un poco “artista”, debe poseer una cierta sensibilidad estética, para poder ser efectivo en el uso de estas herramientas. A medida que la tecnología aumente su presencia en los procesos de negocios, en la administración pública y en la vida cotidiana, el profesional del futuro no sólo deberá ser un experto en su materia, sino también un híbrido entre el artista y el tecnólogo.

Nuestro concepto occidental del arte y la tecnología nacen de la palabra griega *techne*, que quería decir ambas cosas, como *ars* en latín, es decir, toda actividad que permite al hombre producir y reproducir su mundo. Desde las cuevas de Altamira, pasando por el imaginario escudo de Aquiles, hasta los espléndidos dibujos de Leonardo, el arte y la tecnología se han entrecruzado en la historia en numerosas oportunidades. En el siglo diecinueve,

William Morris, horrorizado por la fealdad que el industrialismo introducía en las ciudades inglesas, trató de fusionar las artes con la producción de objetos útiles, y quedan hoy en día numerosos discípulos que continúan su obra. Por otra parte, los músicos modernos (por mencionar sólo un ejemplo popular) han trabajado con las tecnologías más avanzadas, produciendo verdaderas obras de arte.

Nombramos estos contactos entre el arte y la tecnología para enfatizar su carácter excepcional de breves espacios de confluencia separados por largos períodos de incompreensión y adversidad. Como en *Las dos culturas*, de E.P. Snow, que se refiere a la separación entre las humanidades y la ciencia, podríamos decir que existen también dos culturas artificialmente separadas, que serían el arte y la tecnología. Los intentos heroicos de escuelas como la Bauhaus y otras, así como de muchos arquitectos, por cerrar la brecha, nunca pasaron de ser excepciones, como las épocas y movimientos que mencionamos antes. Basta observar la obscena fealdad de nuestra ciudad para constatar ese fracaso.

En las primeras décadas del siglo XX, nuestras dos culturas se vieron separadas como nunca antes. El modo de producción industrial, tanto en su forma capitalista como socialista, exigía para su operación eficiente (en los términos en que este modo de producción concebía la eficiencia), la separación radical de la esfera estética de la productiva, donde reinaba la tecnología. Sólo en los rincones del despilfarrero inútil, eso que los americanos, con su inigualable pudor teórico llamaron el “consumo conspicuo”, es decir, el



EN EL SIGLO DIECINUEVE, WILLIAM MORRIS, HORRORIZADO POR LA FEALDAD QUE EL INDUSTRIALISMO INTRODUCÍA EN LAS CIUDADES INGLÉSAS, TRATÓ DE FUSIONAR LAS ARTES CON LA PRODUCCIÓN DE OBJETOS ÚTILES.

espectáculo, la moda, la farándula, todo lo feo de la cultura de masas que quizás pudiéramos resumir en la palabra *Disneyworld*, la estética, entendida en su sentido más elemental, hubo una cierta convergencia entre producción y estética.

El cambio tecnológico acelerado de las últimas décadas, a medida que lentamente transformaba la sociedad y la vida entera, introdujo un nuevo escenario. La lógica del industrialismo se exacerbó hasta el punto de simular su desaparición para resurgir triunfante, cual ave Fénix, con nuevos ropajes. La “sociedad del conocimiento” no es más que la industria de la máquina de vapor, ahora convertida en pantallas de plasma, con proletarios casi infantiles sentados frente a una máquina cada vez más fácil de usar y más difícil de comprender.

Esta nueva encarnación del industrialismo, este nuevo avatar en una cadena de reparaciones que, como el *samsara* budista pareciera ser eterno, trae una nueva exigencia, absolutamente contraria. El mundo de la moda, excepción tolerada para destruir excedentes, de repente se expande y los diseñadores ponen su mano en todos los objetos, desde los más obvios, como los de uso decorativo (el papel tapiz, las alfombras tejidas a máquina y otras

fealdades), hasta el *mouse* y la pantalla de su computadora.

Finalmente, llegamos al paroxismo de esta fiesta entre dos hermanos separados por siglos, y encontrados ocasionalmente por genios solitarios. El arte y la tecnología dejarán de ser sólo parientes etimológicos. La preeminencia de *Internet* y de las tecnologías de la comunicación y el cómputo, la desvalorización del trabajo manual en provecho de un supuesto trabajo “intelectual”, la “necesidad estética” con la que se compensa la insustancialidad de los objetos que satisfacen nuestros deseos, todos estos fenómenos sociales apuntan a la necesidad, ya en plena realización, de la integración de las habilidades tecnológicas y estéticas en los trabajadores de la clase media.

El profesional del futuro será un híbrido de tecnólogo y artista. Lo será no sólo porque unas modas que apenas comprenden hacen que nuestros jóvenes estudien *Photoshop* o *HTML* para “tener un futuro”. Lo será porque el modo de producción industrial, en su penúltima encarnación así lo exige, como exige un mercado que día a día se reduce más, con una población cada vez más fracturada entre quienes pertenecen al ciclo de la producción y el consumo y quienes medran en las orillas, distribuidos en proporciones que han arrancado protestas hasta de los obis-

pos y de prácticamente todos los sectores de la sociedad. En semejante estado, la conexión entre arte y tecnología es parte fundamental de la conservación de la tautología inexpresable de nuestra forma de reproducir el mundo.

La tecnología y su relación con el arte y con otras prácticas humanas, sin embargo, no pueden verse como determinantes absolutos del carácter de una sociedad. Existen otras posibilidades que van más allá de las opiniones pesimistas o críticas. Bien pudiera suceder, y creer en una u otra alternativa, luego de “el fin de las ideologías”, es casi un problema de gustos, que esta nueva alianza entre las caras de la *techne* no sirvan exclusivamente para afianzar los valores imperantes. Pudiera suceder que signifiquen, sin que todavía podamos vislumbrar muy bien cómo, el comienzo de una nueva época, la perspectiva soñada por tantas utopías, de un punto lejano pero alcanzable, en el que el hombre se reconcilie consigo mismo y la sociedad deje de ser una jungla *Hobbesiana*, para comenzar a parecerse al lugar donde los hombre y mujeres ejerzan su autonomía. ¿Es mucho esperar de la tecnología y del arte? Tal vez. Tal vez es mucho esperar del hombre. Pero, al fin y al cabo, fuera de un *Godot* que nunca llegó, no sé en quién más pudiéramos esperar. ☹️

*Escritor y conferencista.



EL TRABAJO MUSICAL DEL COMPOSITOR MEXICANO ALDO RODRÍGUEZ ES UN EJEMPLO DE CÓMO EL ARTE Y LA TECNOLOGÍA PUEDEN UNIRSE, A TRAVÉS DE UN CONCIERTO EN EL QUE MÁQUINA Y HOMBRE SE CONJUGAN PARA EXPLORAR EL MUNDO ELECTROACÚSTICO.